

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ

EL SEVILLA * LA VOZ DE MOJINOS ESCOZÍOS

JOGXOU
JK [T TOTPG



Prólogo

Con este libro he querido salir del armario para contar uno de mis secretos mejor guardado, aunque no voy a decir que soy mariquita, eso ya lo sabe todo el mundo (o sea, todo el mundo sabe que no lo soy): yo, Miguel Ángel Rodríguez, soy un ninja.

El que entienda del tema sabrá que la cultura de los ninjas sólo se puede aprender en Japón, ese país cuyos habitantes parecen estar siempre dormidos, y cuya bandera es «un puntazo», nunca mejor dicho. Pero a Japón va a ir su puñetera madre, pues no sólo está muy lejos, sino que además, está lleno de japoneses, que no hay más que ver lo *chiqueninos* que son y el color de piel que tienen para darse cuenta de que donde esté un buen cocido con su chorizo y su morcilla, que se quite el arroz blanco y el pescado crudo.

Por eso me saqué el diploma de guerrero ninja por correspondencia, título con el que me regalaron el kimono negro, el antifaz, un cinturón y unas zapatillas de goma que, por cierto, las tuve que tirar: no se imagináis cómo me apestaban los pies con ellas.

Sin embargo, después de que el maestro Hoo Tse Chu, que era de Bilbao, pero el tío entornaba los ojos y parecía oriental, me diera el título oficial de educación

a distancia del Real Colegio Internacional de Ninjas de Japón, nunca habría imaginado que eso de ser un guerrero nipón me iba a traer tantos problemas.

Aunque tampoco vamos a engañarnos, también son muchas las satisfacciones: unos saltos que doy, unas cosas que hago con las manos, una elasticidad que tengo, que me como las uñas de los pies, de flexible que son mis huesos. Además, agarro los *luchacos* y empiezo a darles vueltas hacia arriba y hacia abajo, que más quisieran los Locomía manejar los abanicos como manejo yo dichos *luchacos*. Incluso mi potencia sexual ha aumentado desde entonces, pues los ninjas no sólo somos auténticas armas de matar, sino que, además, somos unas «máquinas» a la hora de hacer el amor.

Por eso, después de estos minutos de autopublicidad, sólo me queda invitaros a que conozcáis la vida del primer y último ninja que ha habido en el barrio donde vivo: mi vida.

Miguel Ángel Rodríguez, el ninja

AU TU
SGZK
GR VXKYQJKTZK

Capítulo 1



Los ninjas sólo podemos hacer uso de nuestra fuerza y sabiduría en caso de emergencia y necesidad extrema. Y lo que me ocurrió aquella mañana no fue para menos. Bajé a decirle al presidente de la comunidad del edificio en el que resido que cambiara la bombilla de mi planta, pues llevaba dos meses fundida. Pero el muy desgraciado me contestó, directamente y sin escrúpulos, que me fuese a la mierda, que había cosas más importantes que hacer en el bloque que cambiar una simple bombilla.

No sé qué es lo que me entró en el cuerpo: era como si la sangre se me hubiese transformado en bicarbonato. Sin embargo, ni me inmuté, ni le contesté, ni me cagué en su puñetera madre cuando me cerró la puerta en las narices.

Entonces, algo en mi interior me dijo que subiera nuevamente a mi piso y me pusiera la ropa de ninja para darle una lección al presidente, pues los guerreros japoneses, conocemos más de doscientas formas de matar a una persona y ocho maneras diferentes de endiñar un guantazo. Pero como llevaba casi diez años sin sacar el traje del ropero, tenía polillas tan grandes como garbanzos. Aunque ése no fue el mayor de los problemas, pues lo que verdaderamente me preocupó fue que al ponerme el traje, me

estaba tan estrecho que, cuando me amarré el cinturón, más que un guerrero ninja parecía un morcón ibérico.

De todas formas, mi furia era tan grande que me vestí como pude y me llené los bolsillos de esas cosas que los ninjas llevamos encima antes de salir a matar: puntillas, chinchetas, bolitas de acero, bombitas de peste, polvitos pica-pica, palillos de dientes, y las famosas y mortales «estrellitas de la muerte» (que son esas que lanzamos desde lejos a los malos cuando la cosa se pone muy chunga). Pero sobre todo, llevaba un cuchillo oxidado, con el que hacemos a nuestros enemigos la vasectomía de una forma muy especial y totalmente gratis.

Y por supuesto, desempolvé mi *katana*, que es como llamamos los nipones a nuestra espada, cosa que me causó un nuevo problema, pues olía a podrido una barbaridad: seguro que mi madre la había cogido para cortar el jamón que siempre compramos para las navidades, y no me había dicho nada, algo que va en contra de las leyes de los ninjas, pues, cuando se desenfunda, la *katana* no se puede volver a enfundar sin antes haberla manchado de sangre.

De todas formas, como dichas leyes nunca han especificado qué tipo de sangre tiene que ser, una de dos, o mataba al presidente de la comunidad de trescientos cuchillazos, le cortaba el pescuezo, le sacaba el corazón, y me lo comía crudo delante de su mujer, de sus hijos y de un gato que tenía, o iba a tener que irme a la plaza del pueblo a matar palomas, como siempre.

Una vez que me puse el trapo ese que nos tapa la cara a los ninjas, me colgué la *katana* en la espalda y saqué mi brújula para ver hacia dónde estaba el norte, pues antes de salir a luchar, tenemos que invocar al dios japonés de la Mala Leche, o lo que es igual, tenemos que dedi-

carle una serie de insultos, para que nos transmita el mosqueo de los espíritus de los que murieron a causa de las almorranas.

Insultos como ese que dice: «Aiá tá tá tá», que en el idioma de los ninjas significa: «Voy a ir pallá, y te voy a partir la cara»; «Oi fujú tú atako atako», que quiere decir algo así como «Te voy a sacar los ojos y me voy a mear en los agujeros para que te escuezan». Y sobre todo, el último de los insultos que siempre hacemos, viene a decir: «Arika arika takarí takári», que en la lengua nipona significa: «Marica, marica, ven aquí, que te vas a tirar tres semanas sin poder sentarte».

Una vez hecho el ritual, me dispuse a salir con mi traje negro, el cual tenía más arrugas que el pescuezo de Mía Chao Tú, que era una vieja con más de ciento cuarenta años que salía en las revistas del corazón de su país (o sea, como la Marujita en España, pero algo más joven que nuestra folclórica).

Por supuesto, no sólo llevaba mi *katana* colgada de la espalda y los bolsillos llenos de armas mortíferas, además llevaba los *luchacos* metidos en los calcetines y el paquete de Marlboro en el bolsillo interior, pues siempre relaja fumarse un cigarrito después de matar al enemigo (siempre que lo mates en una zona de fumadores, pues te pueden caer más años por fumar que por matar).

Pero al salir al pasillo, qué me ocurrió: que la vecina de al lado, una vieja que apestaba más que un queso al sol, venía de la Caja de Ahorros de cobrar la pensión, y la pobre, me vio vestido de ninja y, sin decir ni pío, me dio el bolso directamente, pensando que era un tironero o algo por el estilo.

No pude hacer nada, pues al quitarme el antifaz de la cara para que me reconociera, ya se me había desma-

yado y se me había dado una hostia en el suelo que por poco se me desarma (por cierto, aún no le he devuelto el bolso).

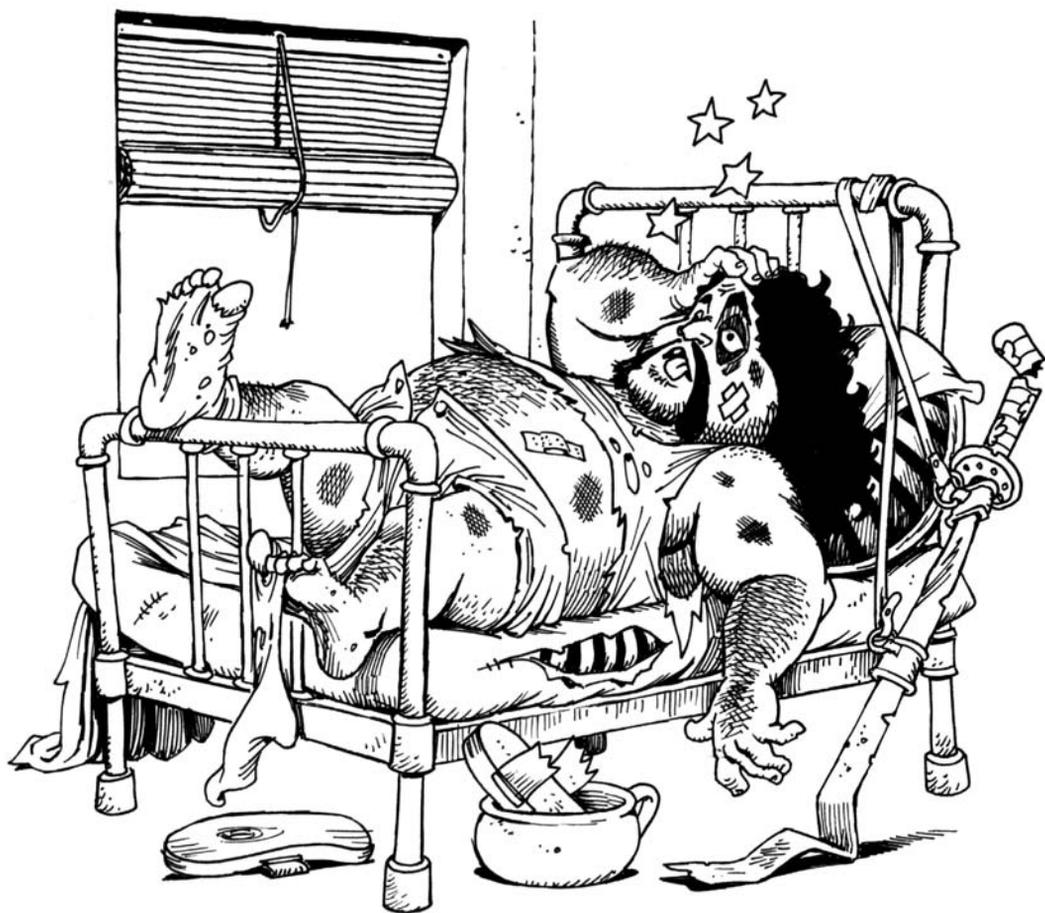
Con lo que apestaba la muy guarra, cualquiera la cogía en brazos y la llevaba al hospital. Sin embargo, la más antigua de las leyes de los ninjas dice que hay que ayudar al prójimo (por muy mal que huela), y eso es lo que hice.

Rápidamente, con la habilidad que nos caracteriza, con la destreza que nos distingue y con la velocidad con la que ejecutamos las emergencias los ninjas, me la eché al hombro, me introduje en el ascensor y me dirigí hacia el *parking*, con tan mala suerte de nuevo que, al llegar abajo y abrirse la puerta, allí estaba el Bermúdez, el guardacoches que guarda los coches, que al verme vestido de ninja y con una vieja en brazos, también se me desmayó.

Ciento cincuenta kilos que pesaba el muy desgraciado. Ciento cincuenta kilos de guarda que se me fueron al suelo delante de mis narices. Menos mal que los guerreros ninjas tenemos una fuerza muy superior a la del resto de los mortales, debido al entrenamiento físico y mental, por lo que los cogí a los dos, uno en cada brazo, y los eché en el asiento de atrás de mi coche.

Menos mal también que, rápidamente, con la habilidad que nos caracteriza, con la destreza que nos distingue, y con la velocidad con la que los ninjas ejecutamos las emergencias, me di cuenta de que a la vieja se le estaba poniendo la cara tan roja como la espalda del que se quedó dormido en la playa, pues le había caído el gordo encima y la estaba asfixiando, razón por la que metí al guardacoches en el maletero.

Sin embargo, cuando pensaba que no se podía tener tanta mala suerte en un mismo día, al salir rápido y veloz del *parking*, destrocé un coche que casualmente pa-



saba por allí en aquel instante: le hundí las dos puertas de la parte izquierda a causa del golpe, le rompí todos los cristales por el fuerte impacto, se le descolgó el tubo de escape por la inercia de los objetos que chocan entre ellos, y lo peor de todo, se le cayó la sirena al suelo... eran los municipales.

Y una cosa es que yo sea un ninja que conoce más de doscientas formas de matar a una persona y ocho maneras diferentes de endiñar un guantazo, pero otra es que los municipales, al fin y al cabo, no dejan de ser defensores de la ley. Por eso, cuando me metieron una porra por la boca y la otra por el culo, dejé que me esposaran y me arrestaran sin ofrecer resistencia alguna, como haría todo buen ciudadano: cinco horas estuvieron interrogándome y preguntándome qué es lo que hacía vestido de ninja, con una vieja en el asiento de atrás y un gordo en el maletero.

Lo peor de la historia fue que, al llegar a mi piso, seguía sin luz en mi planta y sin poder guardar la *katana*, pues no la había manchado de sangre.

Bajé corriendo a casa del presidente de la comunidad y, cuando me abrió la puerta, en vez de asustarse y ponerse a temblar como si fuese un perrillo chico, me dijo que me iba a partir la cara. Yo le respondí que tuviera y que tuviese cuidado conmigo, pues era un ninja, un asesino sin escrúpulos, un tigre rabioso, un mono en celo, un león muerto de hambre que conocía más de doscientas formas de matar a una persona y ocho maneras diferentes de endiñar un guantazo.

Sin embargo, cuando me dio la primera galleta, como además de ninja soy católico, apostólico y cristiano, en vez de matarlo allí mismo y robarle la cartera para comprarme mi bombilla, le puse la otra mejilla, por lo

que comenzó a pegarme tal tanda de bofetadas que, desde ese momento, no sólo conozco doscientas formas diferentes de matar a una persona, sino que, además, aprendí diecisiete nuevas maneras de dar un guantazo.

Después de la paliza, subí a mi casa con la habilidad que nos caracteriza, con la destreza que nos distingue y con la velocidad con la que ejecutamos las emergencias los ninjas, aunque me tiré tres cuartos de hora para abrir la puerta, pues, por un lado, tenía los ojos como dos tomates y, por otro, como no había luz en mi planta, no había quien atinara con la llave en la cerradura.

空光瓦